

¿FÁBRICAS O MOLINOS? REFLEXIÓN SOBRE LA DESTRUCCIÓN DEL PATRIMONIO PESQUERO-CONSERVERO DE LA LOCALIDAD ONUBENSE DE AYAMONTE

RAFAEL CÁCERES FERIA

Universidad Pablo de Olavide. Sevilla. España

La transformación que ha sufrido el concepto de patrimonio en los últimos años ha permitido superar una concepción reduccionista del mismo, asociada a lo histórico y monumental, para ampliarse y abarcar un espectro mucho más amplio, que cubriría cualquier elemento de una cultura. En contraste a la atribución de un valor universal a los bienes patrimoniales, a una valoración en sí mismos, aparecen los bienes con un valor local, estimados por los significados que los grupos les atribuyen; frente a un sentido de lo específico y exclusivo del Patrimonio Histórico, surge el concepto de Patrimonio Cultural, con un significado de totalidad.

El patrimonio así entendido ha dejado de ser un campo exclusivo de la producción de las élites para dar cabida a otras expresiones que incluirían las denominadas culturas populares. Esta concepción más abierta del patrimonio y más cercanas a los postulados antropológicos ha llevado a una ampliación ilimitada del ámbito del mismo, posibilitando que se consideren como tal, bienes tan diversos como un paisaje, las viviendas de grupos desfavorecidos o los conocimientos de un artesano.

En este sentido, patrimonio va íntimamente ligado al concepto de identidad colectiva, a todos aquellos elementos culturales que forman parte de la identidad de un grupo, lo que conduce a una concepción del patrimonio como construcción cultural.

Si bien como antropólogos entendemos que esta visión ha supuesto un gran paso adelante, también debemos reconocer que ha generado una gran confusión e incertidumbre y no pocas dudas sobre qué se entiende por patrimonio, quiénes deben definirlo, qué patrimonio debemos conservar, de qué forma o con qué objetivos. Cuando dominaba una concepción

historicista y monumental del patrimonio, eran exclusivamente las élites las que podían dar respuestas a estas preguntas. Pero la actualidad la redefinición del concepto ha posibilitado que sean muchos los actores que participan en la definición de qué es y qué no es patrimonio, lo que ha provocado no pocas contradicciones que a veces se traduce en una gran inoperancia. La vinculación entre patrimonio e identidad lleva a reivindicar que sean los propios actores los que decidan qué, cómo y para qué conservar el patrimonio. Si bien, esta idea democrática puede ser plausible, muchas veces no se queda más que una declaración de buenas intenciones o en un discurso romántico que resulta muy poco práctico a la hora de actuar.

Como ha sido señalado por diversos autores, el patrimonio tal como se concibe en la actualidad más que un espacio de consenso se convierte en un espacio de confrontación, donde salen a la luz los intereses de diversos grupos sociales:

“Si bien el patrimonio sirve para unificar una nación, la desigualdad en su formación y apropiación exigen estudiarlo también como espacio de lucha material y simbólica entre las clases, las etnias y los grupos (...)

El patrimonio cultural sirve, así, como recurso para producir las diferencias entre los grupos sociales y la hegemonía de quienes logran un acceso preferente a la producción y distribución de bienes”

(GARCÍA CANCLINI, 1992: 18)

La presente comunicación no pretende ser una reflexión teórica sobre estas preguntas sino, más bien, un intento de desvelar, a través del análisis de un caso, esas contradicciones y reflexionar sobre que consecuencias pueden llegar a tener para el patrimonio.

Nos centramos en el análisis de la política patrimonial que se ha seguido, en la última década, en la localidad onubense de Ayamonte, una población en la que, como consecuencia de las fuertes transformaciones que ha sufrido por el desarrollo turístico, se ha llevado a la puesta en valor de parte de su patrimonio local. Nos interesa reflexionar sobre quiénes han sido los actores que han salido a la defensa del patrimonio local, cuál ha sido el patrimonio defendido y que sentido han tenido estas actuaciones.

De la “América Chica” a la “ciudad saludable”

Ayamonte es una localidad costera onubense, con una población que ronda los veinte mil habitantes, situada a sesenta kilómetros de la capital provincial, en la desembocadura del Guadiana y en la misma raya de Portugal, a penas un kilómetro, la anchura del río, la separan de los pueblos portugueses de Castro Marín y Vila Real de Santo Antonio.

Su posición costera en las ricas aguas del Golfo de Cádiz ha posibilitado que la explotación de los recursos marinos haya sido siempre una actividad importante para la economía del pueblo; desde la finales de la Edad Media los ayamontinos han tenido en la pesca el principal medio de subsistencia. El desarrollo pesquero fue especialmente importante a partir del siglo XVII. A esta actividad se le añadirá, desde principios del siglo XVIII, la producción industrial de salazones de pescado, especialmente sardinas y atún. Será en la segunda mitad del siglo XIX cuando la economía de Ayamonte sufrirá un gran impulso de la mano de la industria conservera. Hacia 1870, la riqueza en sardinas y atunes de sus aguas, la cercanía de la frontera portuguesa, que permitía el abastecimiento de pesca, y la tradición salazonera de la zona, atrajo a comerciantes de Galicia e Italia que instalaron fábricas de enlatado de pescado que empleaban a cientos de mujeres. Estas factorías son junto a las de Galicia las primeras de España.

El desarrollo de la actividad conservera se mantenía gracias a una potente flota pesquera compuesta por embarcaciones sardineras denominadas *galeones*, que utilizaban gigantescas redes de cercos conocidas como *tarrafas*. Estos barcos empleaban a un elevado número de trabajadores, tanto en tierra como en alta mar. Igualmente se armaban anualmente varias *almadrabas* para capturar los atunes que migraban del Atlántico al Mediterráneo. Los trabajadores del mar de Ayamonte en poco se parecían a la marinería de los puertos del Mediterráneo, más que pescadores

se podrían considerar obreros que dependían de los mismos dueños de las fábricas de conservas.

Las transformaciones que sufrió Ayamonte, fruto del desarrollo conservero, fueron espectaculares, la fisonomía del pueblo se modificó radicalmente, en unos años se duplicó la población y se ensanchó el casco urbano. Se produjo la atracción de mano de obra de las comarcas limítrofes, de los pueblos portugueses fronterizos e, incluso, de los puertos orientales de Andalucía. El desarrollo industrial supuso la aparición de un proletariado, que comenzaba a movilizarse al calor de las ideologías obreras, y de una burguesía que controlaba todos los resortes económicos y políticos locales. Los industriales conserveros en estos momentos de esplendor económico calificaban la población como la “América Chica”.

Con los habituales ciclos de crecimiento y crisis, esta situación se mantuvo hasta los años cincuenta, momento en el que el sector pesquero-conservero experimenta los primeros síntomas de decadencia; la falta de rentabilidad de la actividad pesquera llevó a muchos empresarios a desvincularse de esta actividad o a cambiar el tipo de embarcación, apareciendo barcos más pequeños y con una mayor autonomía, que permitía desplazarse hasta calderos africanos. Esto fue solamente una solución momentánea a la crisis y a duras penas se logró mantener la actividad conservera; en los años setenta se produce un cierre masivo de fábricas, hasta llegar a la situación actual en que sólo quedan en funcionamiento dos. La crisis del sector industrial fue un mazazo para la economía local ya que arrastró tras ella al sector pesquero.

La actividad agrícola ha sido siempre en esta población muy escasa. Ayamonte ha presentado tradicionalmente un déficit de productos agrarios que ha debido suplir con el comercio de pescado en los pueblos agrícolas vecinos y en el interior de la provincia. El número de agricultores disminuyó a medida que se produjo el desarrollo pesquero, hasta quedar reducido a dos pequeños grupos, uno asentado en el Barrio de la Villa, la zona alta del pueblo, que cultivaba las tierras más cercanas, y otro, constituido por los agricultores del denominado Campo de Canela, las tierras arenosas próximas a la playa.

Ayamonte, “Puerta de España”

En los años setenta se produce una fuerte emigración a Europa, Madrid, Barcelona y a los puertos del País Vasco. La economía de Ayamonte comienza a tomar una orientación bien diferente, el comercio

fronterizo. Su posición en la frontera y el ser una de las dos aduanas de la provincia, llevó la activación de un pequeño comercio y el surgimiento de una economía que permitía sobrevivir a algunas familia pasando pequeñas cargas de café, tabaco y géneros textiles.

El desplazamiento de muchas personas hasta el pueblo para cruzar a Portugal, permitió el surgimiento de un pequeño sector hosteleros que se abastecía de esta clientela, especialmente en los meses de verano.

En la década de los setenta se produjo el primer intento de rentabilizar la playa con la urbanización de Isla Canela, proyecto que prometía un gran futuro pero que quedó desde el principio paralizado, apenas supuso la construcción de algunos de chalets y un par de bloques de viviendas en la playa.

En estos momentos de crisis del sector pesquero, en los que la frontera se convierte en el principal recurso económico, Ayamonte ha dejado de ser la “América Chica” para convertirse, como indica el cartel de entrada al pueblo, alardeando de su posición fronteriza, en “Puerta de España”.

Ayamonte, Ciudad Saludable

Durante los años setenta el pueblo se vio sumido en una profunda decadencia económica, el pequeño comercio fronterizo era la única fuente de empleo y estaba continuamente amenazado por la construcción de un puente sobre el Guadiana que pasaría por las afueras del pueblo y que se temía acabara con la actividad comercial.

A partir de los ochenta la economía local dio un giro radical, los efectos de la agricultura de regadío que se desarrolla en toda la costa de Huelva en esa década, terminarán por llegar hasta Ayamonte. Los campos de fresas y naranjas de Lepe y Cartaya se convierte en la principal fuente de trabajo para los ayamontinos. A este nuevo recurso económico se le añadirá el desarrollo turístico como consecuencia de la urbanización masiva no sólo de Isla Canela sino también de la playa de Punta del Moral. El turismo ha supuesto una inyección de ingresos para municipio y una fuente de empleo en la construcción y en el sector hostelero.

El ayuntamiento local ha apostado por el desarrollo turístico como motor económico ,ha emprendido una política de remodelación urbanística y de promoción de la imagen del pueblo. El turismo está provocando una transformación solamente comparable con la que originó el sector conservero. Sobre los cimientos de la antigua Ayamonte industrial se

está levantando, literalmente, una ciudad basada en el desarrollo turístico e inmobiliario. Ayamonte es ahora, como indica el lema que utiliza el ayuntamiento, “Ciudad Saludable”

El patrimonio pesquero conservero

Aunque el sector pesquero- conservero ha quedado reducido a su mínima expresión, dos fábricas de conserva y un pequeña flota, las huellas dejadas por estas actividades en el pueblo son evidentes. Más de cien años de industria conservera ha marcado notablemente la vida de Ayamonte, la estructura social, la gastronomía, el entramado urbanístico... En la arquitectura local es aún apreciable esta influencia.

Si bien no pretendemos hacer un inventario de los bienes arquitectónicos derivados de la actividad pesquera-conservera, señalaremos los más relevantes para subrayar su importancia.

El actual trazado urbano es fruto de la actividad conservera, hasta la llegada de la industria Ayamonte presentaba dos zonas claramente diferenciadas, en la parte más alta, el Barrio del a Villa, núcleo primigenio, entorno a la parroquia del Salvador, mayoritariamente agrícola. A partir del XVI aparece el Barrio de la Ribera, a orillas del Guadiana, barrio marinero entorno a la parroquia de las Angustias. En el XIX se produce el desplazamiento del centro del pueblo desde la Villa hacia la Ribera, donde se instalarán los industriales y los obreros de las fábricas. La necesidad de terreno industrial, motivó el relleno de las orillas del Guadiana originando en un principio, el Muelle Norte, el Muelle de Levante y los años veinte un nuevo relleno, el de Poniente.

La actividad pesquera-conservera también generó la aparición de dos nuevos asentamientos a las afueras del pueblo, Canela, al otro lado del estero del Guadiana, donde se instalaron almacenes para guardar todos los pertrechos pesqueros y albergar a trabajadores temporeros, y Punta del Moral, a unos kilómetros, en la desembocadura del río Carrera, frente al Isla Cristina, primero como núcleo temporal de pescadores y después como asentamiento estable.

Esta nueva estructura urbanística se componía de un gran número de construcciones que se adecuaban a las nuevas necesidades económicas:

1. En primer lugar, las fábricas. En un número muy elevado, ocupaban toda ribera del Guadiana, la zona de relleno y su parte trasera. Estas fábricas eran de muy diferente porte, predominaban los simples almacenes, muchas veces improvisados. Pero también los industriales más importantes

levantaron algunas grandes fábricas. Cabría hacer la distinción entre *charangas*, que eran pequeños almacenes, con una estructura muy simple, y las fábricas como las de Pérez y Feu, Los Pérez o Concepción Hermanos.

2. Relacionadas con la pesca se encuentra los almacenes que albergaban las redes de los galeones y al personal de las mismas. Son los denominados *patios*, concentrados en la Barriada de Canela. Se componían de un grupo de viviendas de una planta y almacenes entorno a un patio central. A estas alturas probablemente no quede ninguno en pie.
3. Otro apartado lo constituyen las viviendas de los trabajadores. Si bien la mayoría de los obreros se ubicaban en casas individuales, se construyeron algunas viviendas colectivas como son los denominados *brasiles*, de los que quedan el de “los Pérez” y el de “los Gómez”.
4. Viviendas de los industriales, de muy diversos estilos y épocas, desde finales de XIX hasta los sesenta. Las más características por su vinculación con las fábricas son las que poseen torres vigías para divisar la llegada de los barcos de pesca, de las que se conservan en la actualidad dos.
5. Construcciones auxiliares de la actividad pesquera, la mayoría localizadas en Canela; se levantaron pozos para abastecer las calderas de los barcos pesqueros y los denominados *tinteros*, pilas para alquitrantar las redes

El cese de las actividades industrial y pesquera supuso el abandono y la decadencia de muchas de estas construcciones. Las antiguas charangas desaparecieron o se transformaron en almacenes. La poca actividad económica del pueblo durante dos décadas ha posibilitado que este patrimonio se conserve, aunque muchas veces con un completo abandono. Las fábricas más grande han permanecido cerradas exceptuando la de Concepción que continúa en funcionamiento, el resto se han ido derribando. Un destino diferente corrió el edificio que albergaba a la mayoría de charangas, su envergadura, ubicación y el estar compartimentado en numerosos almacenes independientes ha posibilitado que se reutilizara en los años setenta con usos comerciales. Numerosas tiendas, bares y discotecas se han instalado en estos almacenes, algunos respetando el diseño original.

Las viviendas tanto del pueblo como de Barriada de Canela, hasta los años ochenta muy deterioradas, se han mantenido ocupadas por los sectores más pobres que no podían acceder a una vivienda de mejor calidad. Es el caso de los patios de Canela que han sido hasta hace muy poco infraviviendas sin agua y

sin luz. Diferente suerte han corrido las viviendas de los industriales que han podido mantenerlas, aunque algunas permanecen vacías, por la imposibilidad de mantener un edificio de esas dimensiones.

Turismo y patrimonio

Como hemos visto el patrimonio arquitectónico pesquero se han mantenido durante décadas amparado en la decadencia económica de Ayamonte, sin embargo, la situación ha cambiado radicalmente con la activación de la actividad turística.

El turismo no sólo ha supuesto una reactivación económica para el pueblo sino, también, una profunda remodelación de su estructura urbana. Al igual que otras zonas costeras la actividad constructora avanza a un ritmo frenético, en lo que eran playas sin apenas infraestructura se han levantado cientos de pisos, chalet y hoteles, acabando con todo el espacio edificable de Punta del Moral e Isla Canela. El efecto constructor del turismo se ha extendido más allá de la línea de costa llegando hasta el denominado Campo de Canela y el propio casco urbano.

Es evidente que el ayuntamiento ha apostado por el turismo como principal modo de vida de la localidad, lo que le ha llevado a diseñar un proyecto de pueblo que se ajuste a la nueva situación. Esta apuesta pasa por adaptar la imagen de Ayamonte a lo que se supone debe de ser un pueblo turístico, en este sentido se deben entender las transformaciones destinadas a dotar a la población de la infraestructura necesaria y la remodelación urbanística orientada a “adecentar” el pueblo, para que tenga un aspecto atractivo cara al turismo. En este contexto debemos enmarcar el interés por poner en valor el patrimonio local, por intentar sacarle partido en relación a la actividad turística, lo que ha llevado a recuperar edificios y construcciones que sufrían un fuerte deterioro.

El centrarnos en este proceso de recuperación y puesta en valor del patrimonio por parte de los poderes locales nos permite analizar: ¿qué criterios que se están siguiendo?, ¿por qué se ha decidido optar por determinados elementos el patrimonio?, ¿por qué no se ha protegido otros?, ¿quiénes son los toman las decisiones?, ¿con qué objetivos? Esta son algunas preguntas sobre las que reflexionaremos.

En primer lugar, se atendemos a las actuaciones municipales podemos comprobar que se ha protegido los edificios con un carácter histórico o monumental. Es el caso de la llamada Casa Grande, una casona perteneciente a un indiano ayamontino. Este edificio se encontraba abandonado, el ayuntamiento

lo compró y remodeló, manteniendo la fachada, convirtiéndolo en casa de la cultura. En la misma línea irían la restauración de diversas iglesias del pueblo y la ermita de San Sebastián del Barrio de la Villa, que se hallaba en estado ruinoso. Con los mismos criterios de conservación del patrimonio histórico-artístico se han recuperado un paño de las murallas defensiva de la Iglesia de las Angustias, el llamado Baluarte de las Angustias, la Torre de Canela, una torre vigía que ahora se encuentra ubicada en medio del recién construido campo de golf; y la necrópolis de Canela, varias tumbas tardo romanas. Llama la atención, en cambio, que una construcción de un alto valor histórico, y técnico, el denominado Molino del Pintado, un molino hidráulico del siglo XVII no se haya llevado a cabo ninguna actuación e incluso determinadas intervenciones hayan contribuido a la aceleración de su deterioro, ¿tendrá un menor valor histórico-artístico?

Podría entenderse que el único criterio seguido a la hora de definir el patrimonio ha sido el histórico-artístico; sin embargo si tenemos en cuenta algunas de las acciones podemos ver que se ha protegido elementos que tienen poco valor artístico-monumental. Es el caso de un molino de viento, una era, varios pozos y algún pilar, que parecen una clara apuesta por la recuperación de lo que podríamos denominar cultura popular. Llama la atención varios aspectos de estas actuaciones, en primer lugar, que en algunos casos no se ha tratado de restauración sino de construcción, ya que habían desaparecido totalmente, es el caso del denominado Pozo de los Almendros, desaparecidos en los años sesenta. ¿Tiene sentido volver a construir algo que ya no existe? En segundo lugar, vemos que casi todo ellos, tiene más que ver con el mundo agrario que con los modos de vida de Ayamonte en los últimos ciento cincuenta años. ¿Cuál sería el valor patrimonial de estos elementos? Ni siquiera se podría entender como un intento de recuperar el dudoso pasado agrícola del pueblo, ya que los elementos de la cultura campesina de Ayamonte, del Campo de Canela, no sólo no se tienen en cuenta sino que para promover el desarrollo turístico de esa zona se ha destruido, se han tirado pozos, viviendas y todo tipo de construcciones.

Todos estos elementos de la cultura ha recuperado de descontextualizadamente; su valor radica en que se ajustan a la nueva concepción estereotipada de lo que se entiende ahora como patrimonio; si antes el patrimonio quedaba definido por una iglesia o un palacio, la nueva imagen del patrimonio podría ser la de un molino. ¿Por qué conservar estos

elementos? ¿Tienen algún valor?. ¿Se pueden poner en valor con respecto al turismo?. Se tratan de elementos que ayudan a mantener la vinculación entre presente y pasado, un pasado recreado, de postal, que poco tiene que ver con la realidad, pero que sirve para reforzar un imagen de estabilidad y de tradición en un momento en que todo está cambiando, supuestamente conciliaría tradición y modernidad.

Los elementos ligados a la pesca y la industria conservera, en cambio, no sólo no se conservan sino que el desarrollo turístico ha acelerado su proceso de destrucción. Es cierto que algunos edificios fabriles y viviendas se han mantenido pero no porque hayan sido protegidos sino porque se reutilizaron con fines comerciales. Cabría preguntarse ¿por qué no se ha hecho lo mismo con los elementos relacionados con el sector conservero-pesquero? ¿Por qué no se ha recuperado o puesto en valor? La explicación fácil, y así parece entenderlo el ayuntamiento, es que se trata de construcciones que no se adecuan a la nueva imagen turística del pueblo. Cabría preguntarse por qué no encajan dentro de esta imagen de pueblo turístico y costero, elementos relacionados con la explotación de los recursos marinos.

Creemos que aunque se trata de construcciones que en algunos casos tienen más de cien años, el que se hayan utilizado de forma continuada hasta la actualidad, se perciben como algo cotidiano y reciente, valores estos que van contra la imagen de lo histórico y tradicional. Esta cercanía y familiaridad hacen que en la memoria colectiva no sean elementos descontextualizados sino que se encuentran asociados a grupos sociales y personas concretas, a formas de vida, la mayoría de las veces marginales y a sectores sociales muy pocos valorados, ya que en Ayamonte todo lo que ha tenido que ver con la pesca ha sido infravalorado. Las fábricas, y aún existen dos en funcionamiento, refleja un tipo de estructura de poder y de relaciones laborales, difíciles de idealizar.

No hay que perder de vista, quizás la razón primordial de la destrucción de este patrimonio, la especulación urbanística. Estamos hablando de edificios y construcciones que se encuentran situadas en las zonas con un mayor valor del suelo; el puerto, la playa en el caso de Punta del Moral o el río en el caso de Barriada de Canela. Donde se levantaban las fábricas de conservas, encontramos bloques de viviendas con vistas al Guadiana; donde estaban los patios y pozos de Canela se levantan urbanizaciones de viviendas unifamiliares. Por lo tanto, mientras que los edificios “históricos monumentales” o las construcciones agrícolas protegidas no parecen

entrar en colisión con la actividad turística, el patrimonio vinculado a la pesca se convierte en un obstáculo para el desarrollo turístico por lo que hay que eliminarlo. No se trata de arremeter contra el turismo, ya que consideramos que hay que tenerlo muy en cuenta a la hora de la definición de patrimonio. Además, pensamos que el patrimonio pesquero ayamontino ha podido ser perfectamente compatible con el turismo si se hubiera puesto en valor de la forma adecuada.

Vemos por lo tanto que a pesar que el concepto de patrimonio haya cambiado e incluso legalmente se define una forma muy amplia, en la práctica se sigue primando la definición historicista-monumental, a la que se ha añadido algunos elementos de las denominadas culturas populares, aunque en un segundo plano. Tanto en un caso como otro se trata de un patrimonio entendido como objetos atemporales. Vemos que se sigue atendiendo más a la forma que al fondo.

La segunda cuestión que planteábamos en esta comunicación es quiénes deben ser los que definan qué es el patrimonio y qué debe conservarse. En el caso que nos ocupa está claro que buena parte de las iniciativas son fruto del gobierno municipal y que estarían respaldadas por la administración. Pero tal como se define hoy día el patrimonio cabría esperar que fueran muchos más los agentes que intervinieran en estas decisiones. En el caso del patrimonio pesquero-conservero si no lo reivindica las autoridades locales, ni la administración provincial o autonómica, ¿quién lo debe hacer? ¿Cabe esperar que sea la denominada sociedad civil, los ciudadanos los que lo hagan? ¿A caso los grupos sociales que podrían estar interesados en su conservación tienen conciencia de valor de este patrimonio o tienen algo decir con respecto a este tema? ¿Existen los canales adecuados para que se expresen? Quizás la respuesta a estas preguntas sea bastante simple, si esas construcciones no le interesan a nadie, si ningún grupo

las siente como suyas, no podemos considerarlas patrimonio y su destino sea la desaparición. Siempre nos quedará la esperanza que dentro cincuenta años alguien tenga la brillante idea de volver a construir lo que hoy tiramos o dejamos que se caiga

Bibliografía

- AGUDO TORRICO, Juan “Patrimonio Etnológico. Problemática en torno a su definición y objetivos”. en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico nº 18*. Sevilla, 1997, pp. 97-108.
- AGUDO TORRICO, Juan “Cultura, patrimonio etnológico e identidad” en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico nº 29*. Sevilla, 1999, pp. 36-45.
- ARIÑO, Antonio “Construcción del Patrimonio Cultural e identidad en la sociedad del riesgo y de la información” en *Actas de Congreso sobre la Sociedad de la Información*. 2002. Web de la Universidad de Valencia.
- CÁCERES FERIA, Rafael *Mujeres, fábricas y charangas*. Huelva: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Diputación de Huelva, 2002.
- CÁCERES FERIA, Rafael “Industria conservera, pesca y patrimonio” en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, nº 44, Sevilla, 2003, pp. 44-46.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor “Los usos sociales del Patrimonio Cultural”, en *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*. Sevilla: Instituto Andaluz de patrimonio Histórico, 1999, pp. 16-33.
- PADIGLIONE, Vincenzo “El efecto marco. Las mediaciones del patrimonio y la competencia antropológica.”. En *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*. VV.AA. (Ed.). Granada: Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. Editorial Comares, 1999, pp. 212-227.
- ROSAS MANTECÓN, Ana “La participación social en las nuevas políticas para el Patrimonio Cultural”. En *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*. VV.AA. (Ed.). Granada: Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. Editorial Comares, 1999, pp. 34-51.